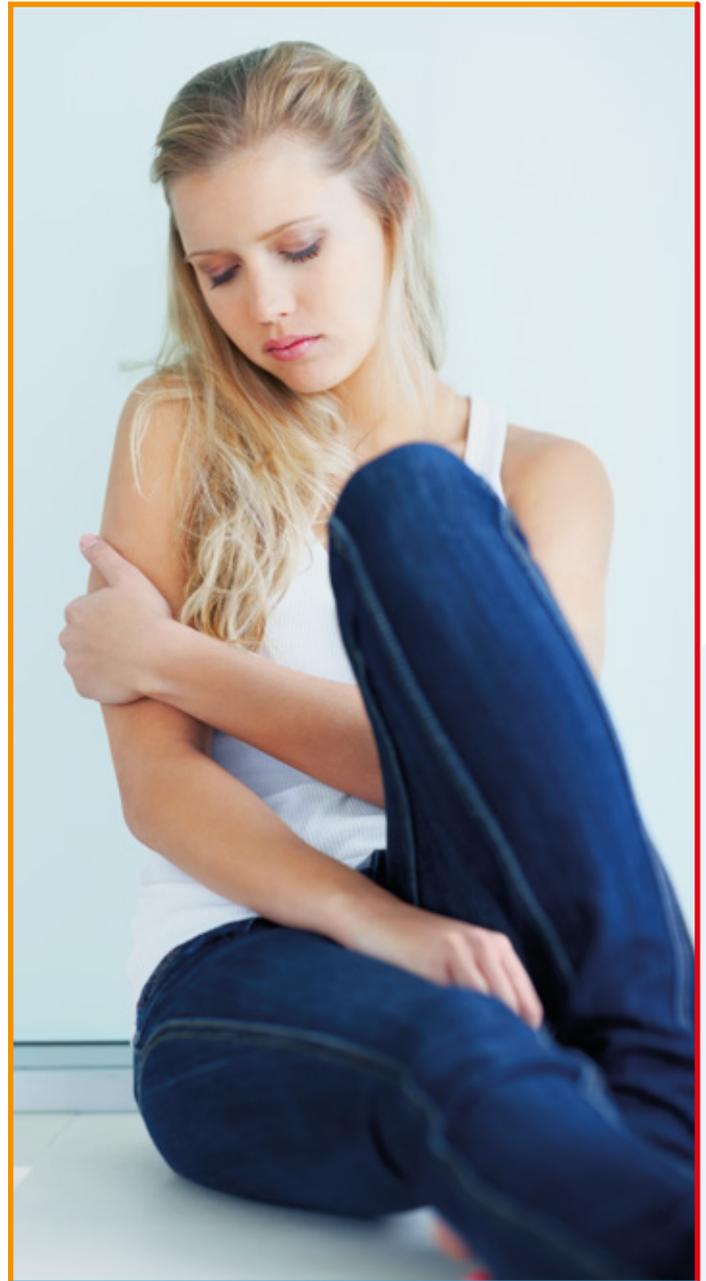


Anexo Tres

Crecer en la desilusión

«Creo que desilusionarse de alguien no es tan malo después de todo. Es más, me inclino a pensar que a veces es bueno que suceda. Tal vez es el paso necesario - ¿obligado? - aunque no el único, para descubrir el misterio que es cada ser humano y construir vínculos más auténticos. Puede ser que alguien nos desilusione porque ha roto una promesa, traicionado una amistad, o faltado a la verdad, pero no me refiero a esta desilusión, que sabemos que duele profundamente. Me refiero a la desilusión que proviene de comprobar el propio ego que cree saberlo todo, conocerlo todo, controlarlo todo. El propio ego quiere que los demás sean como uno lo imagina. Busca que los demás se amolden a sus requerimientos, exigencias y necesidades personales. **Al igual que Procrustes -mito griego- pretende que todos sean de la medida que imagina. Si no se amolda a sus expectativas, los "estira", pero si es muy grande, los "recorta".** Por lo tanto, las desilusiones que tenemos no siempre son responsabilidad del otro, a veces, es nuestra por jugar con los demás, por no respetar la identidad del otro, el misterio que es el otro, por no haber tenido un deseo sincero de descubrir quién es el otro. Por lo tanto, la próxima vez que digas «me desilusionaste» comprueba de no haber jugado a ser Procrustes.



Duele cuando te das cuenta, que alguien no tenía un interés auténtico de conocerte. No estaba interesado en descubrirte como una persona única e irreplicable, sino que buscaba que respondieras a su requerimiento personal, al modelo de persona que había imaginado que fueras. Solemos proyectar sobre los demás lo que queremos que sean para nosotros, olvidándonos de quiénes son en verdad. Con frecuencia cargamos sobre los demás y los demás lo hacen sobre nosotros, deseos, anhelos, exigencias,



sueños, pretendiendo moldearnos mutuamente al propio antojo como un “muñeco de cera”, para cubrir expectativas personales. ¿Cuántas relaciones o vínculos hemos roto por no saber renunciar a la fantasía de convertir a los demás en un objeto? Traidor, no es aquel a quien se reclama no haber cubierto las expectativas egocéntricas, sino aquel que dijo “eres importante para mí”, sin una pizca de interés real para descubrir la belleza que existe en el otro. Es triste escuchar, después de un tiempo, que alguien te diga «me desilusionaste», y comprobar luego que lo hace porque no quisiste dejar de ser tú mismo para cumplir sus propias expectativas.

A veces me pregunto si no seguimos construyendo “amigos imaginarios”, como lo hacíamos en la infancia, y dialogando con la imagen que nos fabricamos del otro en un monólogo infecundo. ¡Qué difícil es construir vínculos auténticos y duraderos respetando el misterio que es cada persona! Quien no está dispuesto a dejar a los demás ser, difícilmente encuentre alguien a quien amar de verdad y por quien ser amado verdaderamente. Porque amar es dejar que la otra persona sea y, mientras expresa ese misterio, ayudarnos mutuamente para que emerja la mejor versión de nosotros mismos. Debemos cuidarnos del ego malo que se cree con el poder de jugar a “ser dios” recortando a los demás según sus deseos ególatras. En el misterio del hombre descubrimos la belleza del Creador. **¡Descubrámoslo!»**